tos, sin cesar resultaba en el Padre la entera observancia en todas las cosas de su religión, especialmente en la santa pobreza. Mucho tiempo usó de una sotana parda y basta, saliendo vestido con ella muchas veces por la ciudad de México, donde era tan conocido y estimado, sin reparar de ir á visitar al Virrey con ella; y fué el amor que á esta virtud tuvo, de manera, que sabiendo alguna gente principal y rica de esta ciudad que los padres del P. Pedro Sánchez padecían necesidad en lo temporal y queriéndola socorrer con larga mano, el Padre lo estorbó con eficacia, diciendo que él no lo había de permitir ni abrir puerta para que los nuestros se embarazasen en cosas temporales de sus parientes, y que Dios socorrería á sus padres por otro camino, lo cual era de mayor ejemplo en el Padre, porque cuando él alcanzaba á saber de alguna necesidad que tocase á persona de alguno de la Compañía, la procuraba remediar y hacía proveer con suficiencia, andando por otra parte tan recatado con los que á él tocaban en carne y sangre. En la virtud de la castidad también andaba tan vigilante, que en cierta ocasión se le oyó decir, para edificación de otros, que cuando se le ofrecía algún acometimiento en el pensamiento contra ella, despojándose de su vestido y cogiendo la disciplina, no paraban los golpes hasta que el enemigo quedase rendido y castigado; y así, se entendió que alcanzó una castidad angelical. En la obediencia fué puntual, sin réplica á todo cuanto se le ordenaba y respetando siempre á los Superiores, aunque era persona de tan grande autoridad, apoyando y defendiendo lo que ordenaban; y como si fuera un niño novicio, cuando se llegaba el tiempo de dar cuenta de la conciencia, era el primero á darla con toda llaneza y sincera verdad á cualquier Superior que viniese de nuevo, para que con entera noticia lo pudieran mejor regir y gobernar. El celo del bien de las almas en este insigne varón fué general y excelente: cuando fué Provincial disponía que se hiciesen misiones á partes muy distantes y necesitadas en orden á los indios, y señaló diferentes puestos para que los nuestros aprendiesen lengua mexicana, otomí y tarasco y pudiesen ayudar á todos. Y de este mismo espíritu nacía que, con todos los que trataba, grandes y pequeños, aunque fuesen Virreyes y Prelados, quitada la primera entrada de cortesía, luego les hablaba de Dios y de las cosas pertenecientes á sus estados y á la salvación de sus almas; y lo mismo en las pláticas de la Congregación, que por espacio de veinticinco años hacía los domingos y fiestas por la tarde, y con tan santa llaneza, verdad y libertad, que no perdonaba decir lo que á cada uno convenía; con tal modo, modestia y humildad, que no solamente no les ofendía, pero aun quedaban gustosos y agradecidos de su doctrina, llena de caridad y verdad. Y fué éste un dón singular que comunicó Dios á su grande Ministro el P. Pedro Sánchez, de una autoridad grande y libertad santa, acompañada de particular gracia para enseñar, amonestar y corregir á sus prójimos lo que les convenía, sin causarles ofensión. Sucedía toparse con un caballero ú otros mancebos de los que viven olvidados de sus postrimerías y salvación, y asiéndole del brazo, le decía: «qué mal se hallará este brazo en las penas del Infierno.» Ofrecíasele ocasión de visitar á alguna señora de título, y hallarla entretenida con otras de su calidad, y su salutación era: «¿Qué hacen ahora las hijas de este siglo?» y después entraba hablándoles de Dios. Siendo Rector del Colegio de Alcalá, salía á pedir limosna para el sustento de él, por estar alcanzado en aquel tiempo; y habiéndosela pedido al Duque del Infantado y ofrecídole S. E. cien fanegas de trigo para pan, dijo el P. Pedro Sánchez: «el agradecimiento que yo puedo ofrecer á V. E. por esta liberalidad, es darle sacas y costales en que este trigo pase al Cielo, que quizá el que queda no aportará allá.» Con la misma libertad y verdad, ajena de lisonjas (que no las usaba), hablaba con todos, chicos y grandes, y les daba doctrina conveniente á su salvación. Y finalmente, la santidad de este gran varón fué apacible, clara, alegre y que á todos se daba á amar y venerar; al cual aplicaban muchos lo que el Eclesiástico dijo del Patriarca Moisés: *Dilectus Dei et hominibus, cuius memoria in benedictione est.* De este mismo espíritu resultaba que, siendo el Padre hombre de tan grande juicio, aventajadas letras y calidad, con todo, en argumentos, consultas y determinaciones de casos que se ofrecían, no dificultaba el seguir el parecer ajeno; y finalmente, se rendía adonde quiera y á quienquiera que pareciese ajustarse más á la razón y verdad. Y en habiendo dicho su sentencia si volvían á hacerle instancia, con grande serenidad de ánimo respondía: «Ya yo he dicho lo que siento y alcanzo, diga ahora el arguyente su parecer, que lo seguiremos si fuere mejor.» Respuesta de que quedaba grandemente edificado el auditorio.

Y como su entrada en la Compañía fué acompañada de tan singular desengaño de persona que si se quedara en el siglo pudiera pretender y esperar grandes puestos y dignidades de grande autoridad, con todo, siempre se conservó en su espíritu de humildad, sin apetecer oficio ni lustrosa ocupación, y daba muchas veces gracias á Dios Nuestro Señor, porque en sus ocupaciones que había tenido en la Compañía, sin haberlas él pretendido, ni sabido ni entendido, Dios le había elegido y puesto en ellas por su divina voluntad; y huía tanto de tener cargo de Superior, que alcanzó con instancia de N. P. General que ningún Provincial le ocupase en él. Añadiendo su paternidad en su carta, que en todo se hiciese el gusto del P. Pedro Sánchez; á que el obediente y humilde Padre respondió: que aceptaba lo primero, que era no ser Superior; pero en todo lo demás no quería sino que se le mandase como á todos los demás súbditos de la Compañía.

Los postreros años de su vida se empleaba en un perpetuo trato con Cristo Nuestro Señor y con los santos, andando siempre entretenido en consideraciones del Cielo y en disponerse y prepararse para ir á gozar de aquel Reino de Dios, y de los medios por donde se alcanza; título que había dado al libro que años antes había sacado á luz, con el cual hizo y hace mucho fruto en personas de todos estados, y en que parece haberse escrito y estampado el P. Pedro Sánchez á sí mismo.

Toda la vida le duró á este vigilante siervo de Dios el prepararse para la muerte, de donde le nacía el ejercitarse continuamente en obras y ejercicios de penitencia y devoción. Cada mañana tomaba disciplina después de su larga oración, su abstinencia fué grande, la que siempre guardó; de noche no cenaba ni ordinariamente bebía vino; sus pláticas ordinarias eran de la muerte, y cuando se acostaba, pensaba cómo para vestirle de difunto lo habían de desnudar, y cuando se ponía en la cama, que así le habían de poner en la sepultura, y cuando se cubría con las mantas, que así le cubrirían de tierra; y luego rezaba un responso sobre sí, como si ya estuviera muerto.

Algunos años antes de su dichosa muerte pidió á Dios Nuestro Señor con instancia que le diese trabajos y dolores en que padecer y merecer más, y concedióselo Su Majestad, enviándole la penosa enfermedad de orina, de que murió; la cual y sus dolores continuos llevaba con grande valor, paciencia y conformidad con la divina voluntad, diciendo muchas veces que le convenían mucho aquellos dolores para su ejercicio y mayor purificación, y poder decir á la hora de la muerte: «*Venit Princeps hujus mundi, et in me non habet quidquam,*» queriendo decir que no le quedase que pagar; y con esta doctrina del padecer, decía que en estos años postreros le había enseñado Dios Nuestro Señor más y hecho mayores mercedes que en los cincuenta pasados atrás, y que en el mes último de su vida le había dado Dios más que en los tres años antecedentes. Y los efectos y resultas de su parecer, fueron deshacerse de todas las cosillas que había en su aposento, enviándolas al del Superior, aunque eran bien pocas, y esas de devoción, quedándose con solo una estampa vieja de papel. Un día de los postreros de su vida, y cuando apenas se podía tener en pie, entró con su sotana parda en la quiete plena donde estaba la Comunidad, y preguntándole el P. Rodrigo de Cabredo, que era Provincial, que á qué venía (porque ya había días que no podía acudir á ella por sus achaques y enfermedades), respondió: que venía á que le dijesen sus faltas, porque ya que no las pudiese enmendar, las podría llorar, y ya que no las podía oir de rodillas, las oiría en pie. Quiso el Padre Provincial excusar esta acción y ejercicio de mortificación, en una persona que había edificado toda la Provincia con su vida ejemplar; pero hizo tanta instancia el humilde siervo de Dios, que se le hubo de conceder la petición, y finalmente, allí le hubieron de decir algunas cosas que más venían á ser edificación, que dignas de corrección.

Andaba muy solícito preguntando, con la gracia que solía, ¿qué había de ser lo primero que había de decir cuando entrase en el Cielo y viese á Cristo Nuestro Señor? Y lo que á él se le ofrecía, era decir que había recibido con grande humildad y resignación lo que le habían ordenado los Superiores, que dejase de decir Misa por falta de la vista que padecía; mostrando en esto, que su mayor sentimiento era no poder celebrar, siendo cosa que él más preciaba y estimaba para su aprovechamiento y espiritual devoción. Y ésta era tal, que cuando el buen Padre veía que los recios dolores é impulsos de la orina le podían impedir el celebrar aquel altísimo misterio, pedía á Nuestro Señor fuese servido de suspenderle aquellos dolores, hasta haber dicho Misa, y que después le enviase cuantos quisiese Su Divina Majestad; y así se lo concedía, dando él infinitas gracias por esta merced al Señor.

§ V.

De la dichosa muerte y ejemplos de virtudes que nos dejó el P. Dr. Pedro Sánchez.

Sintiéndose ya más cercano al fin de su jornada y partida de esta vida este venerable y anciano varón, y temiendo, como dijimos, las penas del Purgatorio, de cuya gravedad, como si las hubiera visto, ha-

blaba con grande ponderación, pedía con grande instancia en las Misas, y rogaba á otros que le ayudasen, para que Dios Nuestro Señor le librase de ellas y se las conmutase en las de esta vida, dándole aquí el Purgatorio; y parece que se lo concedió Nuestro Señor, porque le apretaron los dolores de la orina juntamente con una ardientísima fiebre continua, con tanta fuerza, que lo derribaron en la cama, sin poderse levantar aun á las cosas necesarias, y le privaron totalmente de la gana del comer, y con los dolores tan excesivos y tener grandes llagas en las partes más delicadas y sensibles, no se le oía ni un gemido en voz alta, sino apretando los dientes, con estremecimiento del cuerpo, los llevaba y pasaba con sufrimiento y paciencia. Y diciéndole el Padre Rector que así le labraba Dios la corona, respondía: «¿Y cómo la sabré labrar?» Vino á visitarlo en este tiempo el Virrey D. Luis de Velasco, con grande sentimiento y dolor de la falta de un varón tan importante, y besándole la mano y recibiendo su bendición con grande humildad y reverencia, y habiendo estado breve rato de tiempo con el P. Pedro Sánchez, él le dijo: «Señor, hagamos tiempo;» dando á entender que lo que le quedaba, quería gastarlo con Dios. Despidióse el señor Virrey muy tierno. El día siguiente vinieron á visitarlo los señores inquisidores, como á primero y principal calificador de su Tribunal, y habiéndose despedido, el Padre trataba con Dios á sus solas; y acercándose ya su dichoso tránsito, dos días antes dijo al Padre Rector: «Ya se acerca la palma;» llegóse la hora, y habiéndose prevenido con tan larga disposición y los divinos Sacramentos, lleno de días y de santas obras en servicio de Dios Nuestro Señor, á la manera que si estuviera en oración, dió su espíritu al que para tanta honra suya, ejemplo de la Compañía y bien y utilidad de los prójimos lo había criado. Quedó su rostro como de un ángel, más apacible que cuando vivía. Luego que amaneció el día siguiente, concurrió mucha gente á ver el cuerpo, diciendo que no venían á rogar á Dios por él, sino á encomendarse á él. A su entierro, que fué á 17 de Julio, año de 1609, concurrieron el Virrey y la Real Audiencia, Prebendados de la Catedral, Doctores de la Universidad, Clerecía y grande número de todas las Religiones, diciéndole cada una de por sí su responso cantado, y grande multitud de pueblo y caballeros de la ciudad y toda la capilla entera de la música de la Catedral, sin haber convidado persona alguna para ello.

Murió en nuestro Colegio de México, porque aunque muchos años mientras tuvo salud y fuerzas había vivido en la Casa Profesa, después, cuando las tuvo exhaustas, pareció á los Superiores que era más á propósito para sus achaques la vivienda del Colegio; llevóse el cuerpo desde una sala alta hasta la Iglesia, cargándole en sus hombros los Religiosos más graves de todas las Religiones, mezclados con los mismos Prebendados de la Iglesia y Doctores de la Universidad, profesando todos que eran hijos reconocidos á tal Padre. Acabado el oficio del entierro, que fué solemnísimo, queriendo encerrar el cuerpo en un ataúd, se conmovieron las personas á tomar por reliquia alguna cosa de vestido que hubiese tenido el P. Pedro Sánchez, de suerte, que fué necesario cerrar también su aposento, para ir distribuyendo, en partes pequeñas, lo que por su particular devoción pedían, que era mucho. Y entre ellos fué el mismo Virrey, que era D. Luis de Velasco, la segunda vez que gobernó, á quien se le dió un San Bernardo de pincel, con quien el P. Pedro Sánchez tenía singular devoción y S. E.

la tenía, mandando poner esta imagen á la cabecera de su cama, y demás de eso una escofieta de lienzo del Padre, que con instancia pidió S. E., y al Padre Rector, que le llevó estas dos reliquias, dijo: «El P. Dr. Pedro Sánchez me ha tratado con particularidad y familiaridad más de treinta y cinco años, y quitadas las primeras entradas de cortesía, siempre me ha tratado de Dios y de lo perteneciente á la salvación de mi alma;» haciendo grave ponderación y estimación este Príncipe de la perfección y santidad del venerable P. Dr. Pedro Sánchez; mostrándose bien en todo lo referido cuánto honra Dios á sus amigos que deveras le sirvieron y amaron. Y por remate de esta relación, me pareció no dejar de poner aquí una que testificaron algunos Religiosos, Hermanos nuestros, que los años postreros de su enfermedad asistieron y sirvieron al P. Pedro Sánchez, cuya relación, junta con la de su vida, dejó escrita el P. Dr. Pedro de Morales, y la relación es la siguiente:

«Lo primero la comida, aunque por su cansada vejez y enfermedad era en su aposento, nunca sin lección espiritual muy atenta y rumiada, advirtiendo á veces al lector del espíritu oculto y encerrado en lo que se leía. Segunda, el trato con Dios, con la Virgen y con los santos, ordinario, familiar y amoroso, tan llano como si tratara con amigos presentes, y con tanto gusto que con él vencía cualesquiera dolores que padeciese, y sólo le quedaba dolor de perder la ganancia que pudiera tener, llevándolos con alegría y paciencia. Lo tercero, gran devoción que tenía con el Sacrificio Santo de la Misa que siempre decía ó la oía; y en la enfermedad última, el día del glorioso Santo Tomás, faltando quien la dijese, él, con los dolores de la orina que le acabaron, la dijo con el afecto mismo que en los suyos el Papa San Gregorio. Lo cuarto, esta misma devoción tuvo con el Sacrificio cruento de Cristo Nuestro Redentor, en cuya memoria y veneración, aun enfermo en la última Cuaresma, ya que los médicos le obligaban á comer carne, á lo menos se abstenía de manjares regalados, y la Semana Santa de todos aquellos que á los sanos la santa Iglesia prohibe, sintiendo singular devoción y moción al tiempo que Cristo Nuestro Redentor estuvo pendiente y clavado en la Cruz. Lo quinto que notaron nuestros Hermanos en el P. Pedro Sánchez, fué una petición ordinaria y constante del amor de Dios Nuestro Señor, tierno y fervoroso por intercesión de la Santísima Virgen, en cuya demanda decía que había cincuenta años que andaba sin haberlo conseguido, pero que no había de desistir de esta pretensión hasta la muerte. Y buen argumento fué de haberlo alcanzado un gran temor de Dios, con que no fiando de santidad de ochenta años, escrupuleaba en cosas muy menudas y huía de la sombra de los peligros, escarmentando, como él decía, en las caidas lastimosas de hombres que, después de gozadas las delicias del Paraíso en la casa y trato de Dios, se revolcaron en el cieno de los vicios; y por haberle una vez tocado la mano, aunque casualmente, el Hermano su compañero, lo reprendió severamente. Lo sexto, agradecimiento singular á los beneficios divinos que contaba muy por menudo, poniéndose muy despacio á contar lo que habría Dios gastado con él en el sustento de tan larga vida. Lo séptimo que se observó en el P. Pedro Sánchez, fué un gran menosprecio de sí y de las cosas del mundo, y estima del estado religioso, que decía estar reservado para los íntimos amigos de Dios, diciendo de sí que no era

más que una alma cargada de un jumento, y al mundo y á sus príncipes trataba como á inferiores de la Religión, y repetía muchas veces aquello del santo Job: *In nidulo meo moriar et sicut palma multiplicabo dies.* Lo octavo que en él se observó, fué, que con sus Superiores comunicaba todo lo que pasaba por su alma y se confesaba con ellos para que enteramente les fuese manifiesta, por cuyas manos quiso pasase su muerte, así como había puesto en ellos los años dichosos de su larga vida; con este afecto abrazaba las medicinas más difíciles que nunca había probado, y quería que se les consultasen, fiando más de la obediencia que de la medicina. Finalmente, por la Pascua del Espíritu Santo se notó en el Padre una grande y extraordinaria avenida de consuelo y sentimiento de las cosas divinas, que le duró por ocho ó diez días, con tanto raudal y abundancia, que le absorbió el sentimiento de muchos y graves dolores que padecía. Y en esta ocasión fué cuando él confesó haber recibido de Dios Nuestro Señor más en aquellos pocos días que en cincuenta años de Religión, con haberse sabido que siempre había sido visitado é ilustrado de Dios.» Hasta aquí la deposición de los que muy de cerca trataron á este varón, que murió de ochenta y un años, verdaderamente en todo grande; en los dotes del alma y del cuerpo grande, su disposición era de alta estatura y aspecto venerable, juntamente apacible y alegre y que conciliaba amor. Y en breves días que yo le comuniqué y traté, eché de ver ser verdaderas las cosas grandes que se contaban de personas que escogió Dios para que tan felizmente fundase en el extendido Reino de la Nueva España la Compañía de Jesús. El P. Eusebio, en la vida que escribió del bienaventurado Padre San Francisco de Borja, hace honorífica relación de la ida á la Nueva España del P. Dr. Pedro Sánchez, y de cuán felizmente fundó en ella nuestra Compañía, en el libro tercero, capítulo once, y el P. Felipe Alegambe en su Biblioteca.

CAPITULO XIV.

Vida y muy religiosas virtudes del venerable P. Nicolás de Arnaya, Provincial que fué de nuestra Provincia de Nueva España, con otros muchos oficios que ejercitó en ella.

Por muchos y varios títulos debemos hacer memoria y relación de la vida de este venerable y religiosísimo varón, en historia de nuestra Mexicana Provincia, porque la edificó con sus virtudes, la gobernó con su prudencia, trabajó en ella con grande celo de la salvación de las almas; y finalmente, habiendo vivido en ella por tiempo de treinta y ocho años, remató el curso de su religiosísima vida, y por medio de su dichosa muerte, fué á gozar del premio de sus grandes virtudes y ejemplos. Fué natural de Segovia y vino á esta Provincia de la de Toledo, ya ordenado de Sacerdote, el año de 1584, en compañía del P.